

28 Abril 1961

# CRITICA TEATRAL

## “LA MADRE DE LOS CONEJOS”

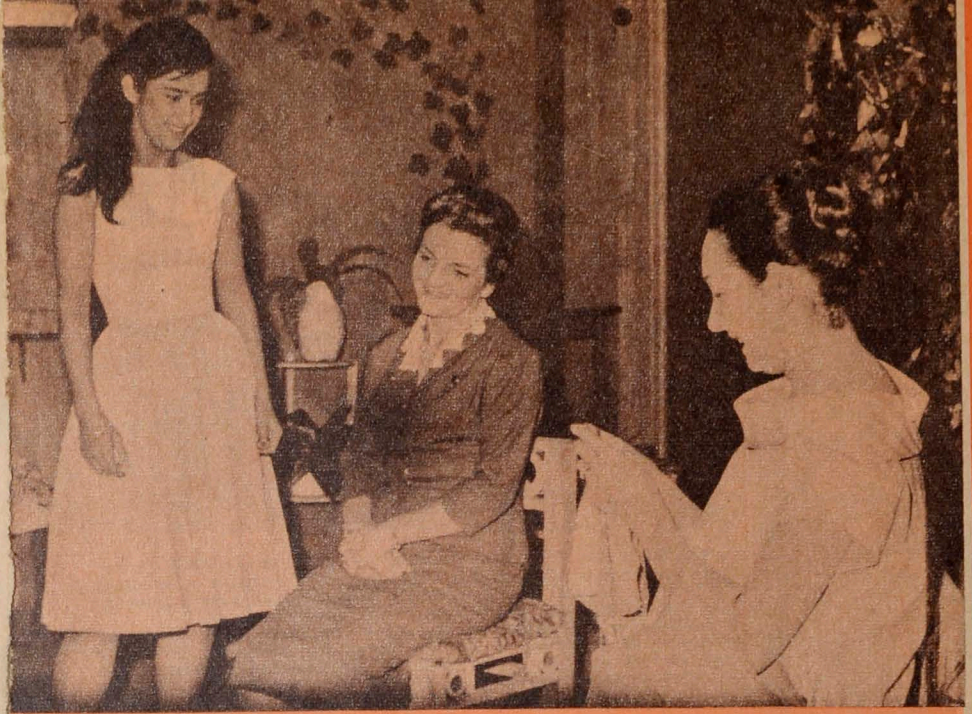
LOS aficionados al teatro han tenido la oportunidad de presenciar cómo, paulatinamente, se ha ido formando el dramaturgo que es Alejandro Sieveking. Desde aquel confuso “Encuentro en la Sombra”, que presentara en 1955 y que contenía ese cúmulo de pretensiones temáticas e imperfecciones formales que caracterizan la primera obra, a ésta, “La Madre de los Conejos”, con que obtiene su primer estreno oficial del Instituto del Teatro, hay un camino claramente delineado en el que Sieveking ha mostrado su evolución de escritor.

El hecho que, ahora, Sieveking se haya puesto los pantalones largos con su primer estreno “en grande”, obliga al crítico a aumentar las exigencias, tanto más cuanto que tiene la convicción de que en el joven autor existen excelentes cualidades de dramaturgo y un mundo interior de interesantes contornos que aún no ha encontrado la disciplina dramática conveniente para su cabal expresión.

En efecto, en “La Madre de los Conejos” se aprecia el interés del autor por una temática que ahonda en problemas éticos de primera magnitud, como es el de la responsabilidad que los seres humanos tienen los unos para con los otros. Su punto de mira es personal y directo, y, sobre el particular, Sieveking tiene una palabra que decir. Lo que no nos parece eficaz es la forma dramática que Sieveking usa como vehículo de su ideario y de la observación de las características psicológicas de sus personajes.

Veamos el tema. En una familia de clase media existe una situación singular. La madre hace siete años que no dirige la palabra a uno de sus hijos. Hace siete años, también, que la única hija de la familia murió en forma trágica. Las circunstancias de la muerte de la niña, como la causa de la implacable conducta de la madre, es un tema intocable para los miembros de la familia y sus relaciones. Durante los dos primeros actos, el autor dirige su pieza a despertar el interés del espectador sobre estos hechos ocultos y a ir descubriendo lentamente el misterio. El segundo acto termina con la revelación de los hechos. El tercer acto está dedicado a una explicación de ellos, a las implicancias de responsabilidad que de él se desprenden y a la resolución de la empeñada actitud de la madre de castigar a sus hijos con su silencio.

Tenemos, pues, que en la obra hay dos direcciones. Una que ocupa los dos primeros actos tendientes a descubrir la verdad sobre hechos pasados, que gravitan en la vida de los protagonistas, y, otra, la del tercer acto, tendiente a determinar responsabilidades que nacen de esos hechos y a solucionar la conducta que se ha seguido desde que



Valeria Garbarini, Bélgica Castro y Claudia Paz. Tres generaciones de actrices del ITUCH, en una escena de “La Madre de los Conejos”, de Alejandro Sieveking.

ellos acaecieron. Dos direcciones opuestas y contradictorias: una hacia el pasado; la otra, activa, hacia el futuro. Este hecho resta unidad al drama. Terminado el segundo acto con la revelación de lo pasado, se ha agotado el interés del espectador, y el tercer acto más bien resulta un largo epílogo, o, también, el punto de partida para una nueva obra.

Los dos primeros actos que tienen como objetivo el descubrimiento del secreto que celosamente guarda toda la familia, no tienen la densidad necesaria como para mantener el clima de suspenso que requiere esta acción.

Dejando de lado las comedias policiales, cuyo objetivo suele ser el descubrimiento de la verdad sobre un hecho pasado — un crimen, la mayoría de las veces —, podemos recordar dentro de la dramaturgia contemporánea otra obra que sigue similar técnica: “De repente en el verano”, de Tennessee Williams; pero, en este caso, el autor norteamericano no deja respiro ni alivio al espectador, creando sucesivamente uno y otro motivo de intriga para crear expectación sobre los hechos que, al final, revelará dramáticamente. Sieveking, en cambio, crea escenas de calidad teatral, promueve el interés, la ansiedad de saber qué es lo que ocurrió hace siete años, y, luego, intercala largos diálogos coloquiales, que nada agregan al nudo de la trama y que, por el contrario, lo diluyen. Estos diálogos son, en proporción, más numerosos que las escenas conducentes a la revelación de los hechos que interesan y, así, se producen prolongados intermedios en los que nada sucede, en que los protagonistas conversan sobre miles de cosas nimias, con un diálogo naturalista que, si bien resulta pintoresco, retarda la acción dramática y produce lagunas dentro de la narración de su historia. Es cierto que esos diálogos sirven para caracterizar los personajes, para ahondar en su pobre contenido psicológico — pobre, por la naturaleza de ellos y no por falta de agudeza del autor —; pero no resulta permisible el ahondar en la psicología de los personajes deteniendo la acción, cuando lo necesario es el revelar la na-

turaleza de ellos a través de su activa participación en los hechos de la trama.

Falta, pues, en “La Madre de los Conejos”, una mayor cohesión dramática, una mayor fuerza teatral, una necesaria economía de elementos que mantenga continuamente la atención del espectador en el objetivo del autor, en este caso la revelación de los hechos que han dado lugar a la anómala situación familiar.

“La Madre de los Conejos” revela una intención interesante y la personalidad de un autor inquieto por problemas esenciales de la conducta humana, que no ha sabido encontrar la mejor forma teatral para dar relieve dramático a su tema. Y es necesario decir que en no pocas escenas Sieveking muestra, como lo ha hecho en sus obras anteriores, una delicada sensibilidad, una resolución adecuada a problemas técnicos, un fino vuelo poético. Pero, en el conjunto, estas escenas se pierden en un desorden de construcción dramática que impide que su drama alcance el blanco buscado.

En resumen, hemos presenciado la iniciación de una nueva etapa en Alejandro Sieveking, la de sus obras en tres actos. Ya la etapa de las piezas cortas la culminó felizmente con “Parecido a la Felicidad”. Esta etapa que ahora inicia, la definitiva, seguramente la culminará con igual éxito. Demuestra talento, inquietud, personalidad. Le falta rigurosidad, ahondar en sus temas, mayor dominio técnico.

En lo que respecta a la actuación, digamos que el reparto formado en su mayoría por actores jóvenes actuaron con discreción conseguida a través de una eficaz dirección de Agustín Siré. Bélgica Castro construye su personaje con su reconocida calidad de actriz y logra darle mayores relieves que lo que permite el texto. La escenografía, de Fernando Krahn, nos resultó —tal vez por las reducidas dimensiones del escenario del Antonio Varas— un tanto desproporcionada, sin dejar de reconocer la belleza de su colorido y la originalidad de los elementos empleados.

SERGIO VODANOVIC.

625, Buenos Aires. Venta de Gaona 3593.	Correo Argentino CENTRAL (B)	Tarifa reducida Concesión N.º 3855
---	------------------------------	---------------------------------------